

SIEMPRE GÉNESIS
(2013-2015)

DESPUÉS DE LEER A WHITMAN

Otra vez, de nuevo aquí,
contento porque a simple vista
reconozco
al menos treinta, cuarenta
árboles por su nombre.
Contento porque cruza un estornino
y ya no me pregunto
adónde le lleva su prisa,
en qué día cae la fiesta, cuándo la cena.
Si de todas las acequias bajara
un poco de agua
después de esta lluvia,
si de todas las canciones, un poco de su letra,
no preguntaríamos
si hoy
es suma, si nublado, lamento o tiempo.

Otra vez, de nuevo aquí,
con la oscuridad del mundo
que es su lumbre,
como dice Rilke,
sin haber dejado nada por el camino,
sin haber encontrado más que lo útil

para estar al cabo de las cosas
y no perder aquella luminosidad
que se escinde al llegar a las ramas.

Ya no pregunto
a qué hora termina este momento,
ni por qué al otro lado de aquellos bosques
–pongamos los de Ituren–
hay pescadores que empujan la barca
al mar como si fuera una verdad,
los que antes de la pesca
preparan la voz
para que resuene feliz en la lonja,
tan seguros están, y tan completos.
No piensan que los muelles
son una forma de morir,
porque también allí llega la fruta,
la cayena, la soja y el color
de los marinos que pasan de un meridiano
a otro como tú cambias de calle,
y beben

–no es un tópico–
lo comprado en la última isla,
y duermen en lo estrecho y húmedo,
y saben que el mar es para soñar
no más que los algodonaes o las dunas
o el reflejo de los álamos
que bordean las carreteras,
y así les dan una prestancia
de ruta
como si condujeran a algún lugar del cielo.

PASEO

Cuando vas por el monte
y subes, subes
a veces
medio agachado para no pincharte
con la aguja del abeto,
o te detienes para quitar la telaraña
que te llevas con el pelo o el hombro,
y su hilo se disuelve en los dedos
porque ya no es suspensión,
y subes,
aunque caes
en la cuenta de que el desnivel eres tú;
de que no hay cima, sobrepuerto,
cortante o vaguada que no sean tú.

Y a lo transformado en sudor
le llamarás paisaje.

Y si miras abajo y vislumbra un claro,
o una onda de brezo, una casa
hundida como la bota en el lodo,
o un puentecillo colgante,
destablillado como la Historia,
sentirás que eres amado,

y que no eres amado,
y que el desnivel eres tú.

Y al caminar por una vía muerta,
por lo irregular de las calvas de grama,
entre hierros y tuercas,
unas aquí, otras allá,
dispersas, ya sin fijación ni obra,
digo, cuando caminas por una vía muerta,
como aquellas de los cuadros de Kiefer,
y le das duro al paso, le das duro
y no te detienes
pese a tener por qué, no te detienes,
el horizonte podría ser la tela
con que secamos cada muerto
recordado.

Y al bajar de lo que hace unas horas
era predicción, proximidad del águila,
astucia de estar encima,
sabrás que el desnivel eres tú,
porque a pie llano las cosas
no son correlación, ni progresión,
sino desconocimiento;
y si preguntas a quien cruza
como tú el camino
dónde está la casa
que veías como una bota hundida
en el lodo
y te dice «a un paso», entenderás
que no eres lo andado

sino lo que media, el no saber,
lo siempre distante,
aunque des por bueno que has llegado
y hagas noche en tu creencia.

EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ
DE ROGIER VAN DER WEYDEN

Todo está bien.
Cogedlo por las piernas,
 por el torso.
Las espinas de acacia
son de la región de mis padres.

No es carne. Es un lugar,
 un deshielo,
un arroyo que será país.
No habrá más resurrección.
Que los Lázaros lloren.
Hay cuerpos que descienden
como la culpa o la flor de vilano:
diseminan.
Ponedlo ahí, a vista de todos.
Que sea vecindad.

SUPUESTO POEMA DE AMOR

Una línea es un llegar a pensar,
pero no es el pensamiento.
Ni el poema de amor llega a ser de amor;
demasiado estar en el lenguaje.

Tantas veces decir «amar»,
tantas veces decir «no amar».

Solo e pensoso no lleva a la amada,
al amado,
ya no, nadie al otro lado, nadie.
El poema de amor empieza a desamar
en cuanto se escribe: olvida querer,
es cualquiera de los ríos desembocados
al pie de una ciudad con puentes-elegías
y casas
que echan al agua sus luces
igual que redes,
y las retiran después de la cena.
Pasa un albatros,
cae una corteza de abedul.
Esto hace un poema de amor:
se enamora, duerme en los deseos,
—¡cuesta decir esto, John Donne, cuesta decirlo!—,

se hace venir bien la soledad,
saca partido del que será muerte.

El amor no está ahí, está en la carga
de la barcaza escorada en la ría,
en la mesa de trabajo, en la escarcha
que suelta el martín pescador
tras mover las hojas, tras moverlas.

Está

en la costura bien cosida (no vaya a rozar),
en el manicomio de Elizondo
–las espaldas curvas, el pelo cortado igual–,
en los 23°, 5 de inclinación de la Tierra,
en un helecho, con su rizoma y su fronda:
da buen sombreado, te puedes esconder,
oír, bosque arriba, el entrechocar del ciervo
que deja un vaho espeso, azulado,
y va adelgazándose como el rabillo del ojo.
Está en la cimática, en la bisagra engrasada,
en el alero dispuesto para toda estación,
en la mujer que no ha tenido hijos,
y en la que los ha tenido:

todo es igualmente grande,
hay ser también donde no lo hay,
–Tomás de Aquino:

«vivir es más perfecto que ser»–.
No demostrado. No lo sabemos.
Lo que no se ve, lo que llaman vacío,
es un espacio de lo ya terminado,
el amor, el amor, mano de obra
que todavía barre cristales en Hiroshima,

que retira los platos de la Última Cena,
que tira de las botas de Spinoza
para que duerma bien, que duerma bien,
como tú debes hacerlo ahora,
que no esperas un poema de amor,
que no lo esperas. No tengas contienda,
y quien te ame lo haga en silencio.